

VIDA DEL PADRE MARÍA EUGENIO DEL NIÑO JESÚS

Corre el año 1894.

En el Gua, pueblecito minero del sur de Francia, nace el 2 de diciembre Enrique, tercer hijo de la modesta familia Grialou.

Sus padres y sus dos hermanos mayores, Mario y Ángela, lo reciben con alegría.

A poco de casarse, el señor Grialou había invitado a su casa a un tal Juanillo, que tenía fama de conjurar los maleficios. El hombre le dijo a la señora Grialou, que por entonces estaba criando a Mario, su hijo mayor: "Tendrá usted cuatro hijos más. Uno de ellos será particularmente inteligente. Hablarán de él por toda Francia, viajará, cruzará los océanos... Le hago una recomendación: no contraríe los proyectos de su hijo."

Lo bautizaron poco después, el 13 de diciembre. Es la víspera de la fiesta de san Juan de la Cruz... un detalle que iba a tener importancia en la vida del niño.

Enrique es un bebé robusto, pero tarda en andar, y su madre se preocupa. Decide ir en peregrinación con él al santuario de Ceignac. Y allá, ante la estatua de la Virgen, el niño da sus primeros pasos.

De pequeño vive como todos los niños de aquella época. Le encanta jugar a las canicas; tiene tantas... que muchas veces le rompen los bolsillos del pantalón.

La familia aumenta. Nacen dos hermanitas más: Fernanda, en 1901, y Berta, en 1902. Enrique será el padrino de la pequeña, y los dos estarán muy unidos en el futuro.

Pero cuando Enrique tiene nueve años, muere su padre. Su madre queda viuda, con cinco hijos.

Para sacarlos adelante, trabaja horas y horas, lavando ropa de la gente del pueblo y ayudando en el Hospicio...

A Enrique le toca cuidar al cerdo, antes de ir a la escuela.

Su madre da a sus hijos un sólido ejemplo de vida cristiana. "Fue mamá quien nos inculcó la fe cristiana. Y papá era muy, muy bueno."

Quizá por eso, desde pequeño, Enrique se siente atraído por Dios.

Cada mañana, camino de la escuela, pasa delante de la escuela, mira... a veces se sienta en el pequeño muro que bordea la plaza, y piensa: "Un día, seré sacerdote."

Pero, ¿cómo hacer? Su madre no tiene dinero para pagar la estancia en el seminario.

En esto, un día pasa por la escuela un Misionero del Espíritu Santo. "¿Quién quiere ser sacerdote?", pregunta. Enrique levanta la mano.

Como la formación que ofrecen los misioneros es gratuita, Enrique marcha poco después a Susa, en Italia, con sólo once años de edad.

Lo pasa algo mal por estar tan lejos de su familia. Pero también disfruta de ese lugar tan bonito, haciendo excursiones a la montaña y estudiando con aplicación...

Tres años después, vuelve a casa.

Su madre insiste en que aprenda un oficio. Enrique prefiere continuar preparándose al sacerdocio. Así que, durante otros tres años, estará en el seminario de Rodez, no muy lejos de su pueblo.

Descubre entonces a santa Teresita, al leer “La rosa deshojada”. “Encuentro su vida admirable – escribe a un compañero –. Ningún libro me ha conmovido nunca tanto como este. Reza mucho por mí, querido amigo, para que sea como sor Teresa, para que Dios pueda hacer de mí lo que quiera.”

Mientras tanto, en 1914, estalla la Primera Guerra Mundial.

Enrique ha de ser soldado y deja de momento el seminario. La guerra fue dura, terrible. Enrique, que ya es sargento, se encuentra pronto en primera línea. Muchas veces hace rondas con el rosario en una mano y el fusil en otra... También profundiza su gran amistad espiritual con sor Teresa del Niño Jesús. En una de sus cartas, cuenta: “¡Teresa desvía y detiene las balas que vienen hacia nosotros!” Parece como si protegiera de forma especial a los soldados de su regimiento.

Al terminar la guerra, Enrique se plantea de nuevo qué hacer con su vida. Podría tener un porvenir brillante. Pero, después de reflexionar, decide volver al seminario: “He optado decididamente por el sacerdocio.”

El 4 de febrero de 1922 es ordenado sacerdote. Muy emocionado, escribe:

“Soy sacerdote, sacerdote para la eternidad. Oh Jesús, me ofrezco a ti para todo lo que quieras... Mañana pronunciaré tus palabras y vendrás, te tendré en mis manos. Serás mío mañana y para el resto de mi vida...”

Pero poco antes, leyendo la vida de san Juan de la Cruz, había descubierto que Dios lo llamaba al Carmelo.

A pesar de su dolor por el sufrimiento que causaba a su madre, Enrique entra en el noviciado de Avon, cerca de París, el 24 de febrero de 1922.

Santa Teresa de Jesús le enseña cómo podemos ser amigos íntimos de Dios.

San Juan de la Cruz le conduce rápidamente a Dios por el atajo de la fe.

Con santa Teresita descubre que el amor de Jesús no tiene límites. Sus palabras le impresionan: “Sí, lo sé muy bien, y te suplico que escojas una legión de almas pequeñas dignas de tu amor.”

Enrique se llama ahora Padre María Eugenio del Niño Jesús.

Ve que el amor de Dios es un tesoro y lo dice: “El amor de Dios quiere darse y busca a quién... Llama a todos a ser sus amigos.”

Por eso, el joven carmelita habla con entusiasmo de sor Teresa del Niño Jesús y de san Juan de la Cruz, en todos los lugares donde se lo piden.

En 1928 le nombran superior del Convento del “Petit Castelet”, donde algunos niños se preparan a ser carmelitas. “Me ocuparé de ellos lo mejor que pueda”, dice el Padre María Eugenio. En realidad, Dios lo llevaba allí para otra cosa.

Y es que, por entonces, tres jóvenes profesoras de Marsella buscaban su vocación...

Ellas querían entregarse a Dios en el Carmelo, pero continuando al mismo tiempo su trabajo.

En 1929 piden al Padre que vaya a Marsella para enseñarles a orar. El Padre acude y les enseña lo que, unos años más tarde, escribió en un libro muy importante titulado *Quiero ver a Dios*.

Un día, le dijeron: “Estamos dispuestas a dar todo lo que tenemos. Díganos lo que tenemos que hacer, y lo haremos.”

El Padre comprendió que, gracias a ellas, se cumpliría el designio de Dios. Ellas llevarían ese tesoro, o sea, el amor de Dios, a todas partes.

Acababan de ofrecerle un antiguo santuario dedicado a la Virgen, a Nuestra Señora de la Vida.

La Virgen será el modelo y la educadora de las jóvenes que, poco a poco, se irán incorporando al grupo.

Hablando de Nuestra Señora de la Vida, el Padre insistía: “Lo que domina todo en este lugar, es la Vida que desborda del seno, del alma de María.”

Las tres primeras jóvenes hicieron allá un año de soledad.

Entre ellas, María Pila fue elegida Responsable. Se entregó totalmente a la obra, con las grandes riquezas de su corazón y de su espíritu.

Los miembros del Instituto aprenden a vivir como el profeta Elías: movidos por el Espíritu, permanecen en presencia del Dios vivo para ser testigos de su Amor.

El Padre María Eugenio predicaba con su ejemplo: era un hombre bueno, lleno de amor, de un amor que encontraba en el corazón de Dios. Decía: “Paso horas y horas pidiéndole amor.”

¡Con cuánto afecto y atención se ocupaba de cada persona, con qué seguridad discernía cómo guiarla en su camino hacia Dios!

Al mismo tiempo que se ocupaba del Instituto, de 1937 a 1955, fue uno de los superiores más importantes del Carmelo. Desde Roma, donde residía entonces, tenía que viajar por todo el mundo: Saigón, Bombay y Jerusalén, China, Bagdad, Hong-Kong, Manila.

En 1948, el Papa Pío XII le pide que sea Visitador de todos los carmelos femeninos de Francia.

Por entonces, redacta también el libro *Quiero ver a Dios*. Le puso ese título acordándose del gran deseo de santa Teresa de Jesús. Y, ¿no es *ver a Dios* nuestro deseo más profundo?

En 1954, durante un viaje a México, muere el Padre Silverio, Superior general de los Carmelitas, y el Padre María Eugenio debe reemplazarlo.

Algunos años más tarde el Señor le concedió también ir a México para predicar e implantar el Instituto de Nuestra Señora de la Vida en esa tierra tan querida de la Virgen de Guadalupe.

En 1955 regresa a Francia, al convento del “Petit Castelet”, trabajando en el Carmelo y en el Instituto.

Dedica sus últimos años a enseñar a la gente el camino de la oración, para que todos puedan llegar a ser amigos íntimos de Dios.

Poco a poco, el Señor lo va preparando para ir con Él... En 1962, sufriendo por su salud, dice: “Sólo quiero hacer la voluntad del Padre. No es fácil...”

Y al final de su vida: “¡Dios mío, te amo! ¡Jesús, te amo! Me parece que te amo perfectamente y que me parezco a ti.”

Muere el 27 de marzo de 1967, Lunes de Pascua, día de la fiesta que él celebraba desde hacía diez años en honor de Nuestra Señora de la Vida, para compartir con ella el gozo de la Resurrección.

El mensaje del Padre ha llegado a muchos países en Europa (Francia, España, Alemania, Italia, Bélgica, Inglaterra) y en otros continentes (Filipinas, México, Canadá), “dondequiera que Dios llama a ser sus amigos.”

Quizá te preguntes después de haber leído la vida del Padre María Eugenio cómo te puede ayudar en tu propia vida. Escucha lo que te dice este gran amigo de Jesús y déjate llevar de su mano:

“La verdadera felicidad consiste en estar con Dios; aprendan a vivir con Él, a hablar con Él. Encontramos en Él todo lo que necesitamos: la alegría, la paz, la felicidad.”

“Dios es fuego abrasador, hoguera que difunde su luz en todo momento. ¡Qué deslumbrante es el misterio de Dios!”

“Nos ha hecho para Él. Nos ha creado por amor. No puede sino amarnos, porque Dios es Amor.”

“Mira este misterio, largamente, silenciosamente, profundamente. Dios Padre ama al Hijo, Dios Hijo ama al Padre, de ellos nace el Espíritu Santo. Es el misterio de la Santísima Trinidad.”

“Orar es mirar a Dios en el silencio interior. Dios es como el sol... Debemos ponernos ante Él, buscar la intimidad con Él. Está en el centro de nuestra alma. La oración es de alguna manera el centro y el sol de las ocupaciones de cada día.”

“*Queremos ver a Jesús...* Ahí está, en la Eucaristía, como estuvo en Nazaret, o en su vida pública. ¡Acoge su presencia en tu vida, es tu Amigo, tu Dios, y está aquí! Aprovecha todas las ocasiones de saludarlo.”

“Está en el Sagrario, visítale. Basta con un saludo breve, pero profundo: *Jesús, quiero ser amigo tuyo, quiero parecerme a ti.*”

“¡Dios nos hace un gran regalo! Al crearnos por amor, Dios nos llama a vivir con Él. Por el bautismo, nos da la gracia, que nos hace hijos suyos. Nos permite entrar en relación con Él, actuar como Él.”

“Lo importante, es que nos mueva el Espíritu...”

“¿Cómo podemos intimar con Dios? Por la fe. Y ¿qué es la fe? La fe es la virtud teologal que entra en Dios. Penetra en el misterio de Dios, establece un contacto real con Él.”

Para explicarlo, el Padre recordaba la historia de la mujer enferma en el Evangelio (Mc 5,28s): “Ved a esa mujer que va detrás de Jesús. Piensa: *Si consigo tocar aunque sólo sea el borde de su vestido, me salvaré.* Lo intenta... y al final lo consigue. Jesús se vuelve: *¿Quién me ha tocado?* Jesús se da cuenta de que una fuerza ha salido de Él. ¿De dónde viene esa **fuerza**? **De la fe** de la mujer enferma. Pues bien, cada vez que hacemos un acto de fe, podemos decir que Dios ‘siente’ que una fuerza sale de Él. Esa fuerza no siempre nos concede lo que hemos pedido, pero establece un contacto vivo con Dios. No puedo meter la mano en el agua sin que se moje... no puedo penetrar en Dios por la fe sin recibir algo divino.”

Para ir a Dios tenemos en nuestra gracia otra capacidad maravillosa: la esperanza.

La esperanza es para nosotros lo que las alas son para el pájaro... ¡Lo importante es que tengas una gran esperanza! Que tus alas sean fuertes y te acostumbres a atravesar, gracias a ellas, todas las dificultades o alegrías. Que nada te detenga. Que sepas utilizarlo todo para volar hacia Dios. Que los acontecimientos, felices o dolorosos, no te afecten sino para introducirte más profundamente en Dios.

Finalmente, con la gracia, tenemos la caridad, que nos capacita para amar como Dios.

¿Cómo nos manifiesta Dios su Amor? Dándose a nosotros.

De la misma manera, le manifestaremos nuestro amor dándonos a Él.

El don de uno mismo es la actitud normal y esencial del cristiano ante el Dios vivo.

“¡Ah, si pudiera llegar a todos los hombres y revelarles el Amor infinito de Dios!”

¿Qué hacer cuando nos hemos alejado de Dios?

Cuando hemos cometido una falta, cuando nos sentimos mal con Dios, tenemos que volvernos inmediatamente hacia Él para pedirle perdón. Y luego, poner de nuevo, con tesón, manos a la obra.

Convéncete de que es cuando te sientes mal, humillado por una falta, cuando Dios te mira con más amor.

Ponte en sus manos, con tus cualidades y tus defectos. Dile que se lo das todo para que tome lo que le gusta y destruya lo que no le gusta en ti.

Si perseveras, descubrirás, poco a poco, un gran secreto: en la vida espiritual hay un doble movimiento.

Hay que actuar y dejar que Dios actúe. ¡El segundo movimiento es el más importante!

Puedes hacer tuya esta oración:

Estoy al servicio de la gracia que Dios me ha dado.

La gracia, con su poder, está en mí, y yo me entrego a ella.

En la gracia está mi vida y mi riqueza.

¡Jesús nos da a su Madre!

¿Quién es María para nosotros? Es nuestra Madre, Madre de la Iglesia y Madre de cada uno de nosotros.

Está cerca, comprende nuestros sentimientos y necesidades, conoce nuestra debilidad.

María, eres nuestra Madre; haznos experimentar que somos tus hijos. Engéndranos a la vida sobrenatural. Queremos más que nunca ser hijos tuyos.